



Estudiantes de sociología, antropología, algunos de ellos militantes del círculo del Partido Obrero de Bajo Flores, confluyen en este nuevo proyecto de RyR. Como siempre el fin es conocer científicamente la realidad para poder transformarla; en este caso se trata de elucidar las características del comúnmente denominado trabajo esclavo.

La estructura social del Bajo Flores: el comienzo de una investigación

**Félix Cariboni, Marina Gerolimetti, Lucía Groisman,
Pablo Rabey, Eduardo Sartelli y Juliana Yoguel.**

Desde la década del '60 hasta hoy se han producido cambios muy relevantes. La vieja clase obrera homogénea, altamente calificada y con una bajísima tasa de desempleo, que fue capaz de tomarle 11.000 fábricas a Illia o de realizar el gigantesco paro general del '75, ha sufrido grandes mutaciones. A simple vista, la *situación actual* es radicalmente diferente. ¿Cómo es la “nueva” clase obrera argentina? He allí nuestra preocupación. El campo empírico elegido para realizar la investigación ha sido el barrio de Bajo Flores de la Capital Federal, donde podemos encontrar un amplio mosaico representativo de las *diferentes situaciones en que se encuentra la clase obrera* y las múltiples relaciones que la constituyen.

La superficie

En los últimos años se publicaron numerosos artículos, en diarios como Clarín y Página/12, que hacen referencia a las relaciones de trabajo en los talleres textiles del Bajo Flores en los que existe la tendencia a clasificarlas como un régimen de trabajo esclavo. Aunque los mismos textos muestran su ambigüedad cuando intentan dar precisiones sobre las relaciones sociales que predominarían en dicha estructura, utilizando expresiones tales como “obrero esclavo” o “salarios de hambre”, como si el nivel de los salarios determinara la existencia de un tipo específico de obrero”.¹

También es frecuente encontrar, no ya en la literatura periodística sino en la supuestamente “científica”, que la categoría de clase desaparece en beneficio de otras, especialmente la étnica. Así, los textos producidos en condiciones “académicas” consultados enfatizan en el origen coreano o chino de los dueños de establecimientos y en el peruano, boliviano o paraguayo de



sus empleados. En Bajo Flores tendríamos, entonces, una sociedad esclavista cuya clase dominante, los “amos”, serían los inmigrantes orientales y los “esclavos” provendrían de nuestras fronteras latinoamericanas. El panorama se completa con el uso de categorías morales y/o culturales para describir y explicar los fenómenos sociales del Bajo Flores. El problema no es el capitalismo y su forma de operar, la explotación de clase, sino “orientales” que se “abusan” porque el estado ha abandonado su rol de contralor, mientras que el sometimiento de los “esclavos” sólo puede ser comprendido a partir de sus manifestaciones “culturales”.

Esta particular construcción ideológica es la que esta investigación quiere enfrentar: poner a prueba, frente a las categorías antes señaladas, la pertinencia de un análisis de clase, es decir, uno que rescate la primacía de las relaciones sociales fundamentales a la hora de explicar la realidad social. En concreto: ¿se trata de “esclavos” o de “obreros”? Y, consecuentemente, ¿se trata de “amos” o de “burguesía”? Por otra parte, ¿la categoría central de explicación de la realidad vital, tanto de unos como de otros, es la de clase social o la étnica?

El conocimiento acumulado

Ningún investigador serio antepone la gris “teoría” al verde árbol de la realidad. Pero tampoco deja de hacerse cargo del conocimiento acumulado por milenios de trabajo humano. En ese sentido, la “teoría”, ese conocimiento acumulado y probado por un cierto cúmulo de experiencias, debe ser sintetizado para que actúe como punto de partida, como guía a las preguntas que, tentativamente, dan comienzo a toda investigación. La mejor forma de evitar que los prejuicios (eso es una teoría, necesariamente) moldeen definitivamente la investigación antes de haber comenzado, es hacerla explícita. No podemos evitar tener “prejuicios”, pero sí desconocer cuáles son. Y en este caso, nuestro punto de partida es la descripción que Marx realiza, en *El Capital*, de la estructura de la clase obrera. Esto significa que suponemos que lo que hay en Bajo Flores no es más que capitalismo y que, consecuentemente, la categoría de clase describe y explica mejor la realidad que la étnica (lo que no significa que ésta última carezca de toda utilidad para especificar las condiciones de existencia de estos obreros -y sus patronos- concretos de este barrio de Buenos Aires). Es esta apuesta teórica la que deberá ser corroborada o descartada por la investigación empírica.

A lo largo del *El Capital*, el punto de vista desde el que se observa a la clase obrera es como clase para el capital (a diferencia de otros textos, en los que se la examina en tanto clase para sí, como en *El dieciocho brumario* o *La lucha de clases en Francia*). En *El Capital*,



especialmente en el capítulo XXIII, Marx observa a la clase como producto de la acumulación del capital, a partir de la cual explica su forma y su evolución. Para Marx, todas las situaciones en que se encuentran las diferentes capas de la clase obrera han sido producidas por el movimiento general del capital.

Recordemos, entonces, que el capital tiende a acumularse. Esta acumulación tiende a reproducir a mayor escala las relaciones sociales capitalistas: menos capitalistas más poderosos (concentración y centralización del capital) y más obreros más explotados (pauperización y proletarización de la pequeña burguesía). Pero, además de esta tendencia de largo plazo, existen otras. Una de ellas es la recreación permanente de la desocupación (el ejército industrial de reserva), producto del aumento permanente de la productividad del trabajo (menos obreros producen más sobre una base mayor de capital). La desocupación resulta ser, entonces, no un fenómeno accesorio y temporal, sino estructural y permanente. Los desocupados, lejos de ser marginados o excluidos, forman parte de la clase obrera y cumplen allí una tarea esencial: son la “policía” interna de las pretensiones salariales de los obreros ocupados, en tanto el aumento de la desocupación genera un incremento de la competencia entre ellos. Es este movimiento (y su resultante, la proporción variable del ejército en activo y el de reserva) el que tiende a gobernar también la evolución de los salarios y no la evolución demográfica.

La superpoblación relativa de la población incluye, entonces, a todos los desocupados y ocupados a medias. Esta superpoblación puede asumir tres formas: a) *fluctuante* (como los obreros “golondrina”, a los que Marx denomina infantería ligera del capital); b) *latente* (como la población rural en vías de proletarización, los jubilados obligados a reintroducirse en el mercado de trabajo, las mujeres, los jóvenes, los inmigrantes, etc.); c) *intermitente* (parte de los obreros en activo de ocupación muy irregular, caracterizados por un máximo de explotación). En otro plano se encuentra también la parte *estancada* de la población obrera, compuesta ya sea por personas aptas para el trabajo caídos en el pauperismo (huérfanos, indigentes) o no aptas para el trabajo (degradados y miserables). A esta parte la llama Marx, también, *pauperismo consolidado*. Junto con el *lumpen-proletariado* (criminales, vagabundos, etc.) constituyen el peso muerto del ejército industrial de reserva.

Visto por el lado del capitalista, el mismo proceso pauperiza y proletariza amplias capas de la pequeña y mediana burguesía, a causa de la debilidad de su capital para acumularse. Recordemos que la burguesía explota al conjunto de la clase y luego procede a repartirse la plusvalía según la magnitud de su capital. Es por eso que los capitales más chicos resultan sistemáticamente expropiados, tanto dentro de su rama, por los capitalistas más eficientes, como



por otras ramas, por su menor composición orgánica. Los pequeños capitalistas de las ramas más atrasadas deben defenderse de la expropiación con una mayor presión sobre la clase obrera y con la autoexplotación familiar.

Creemos que este panorama es el que puede encontrarse en Bajo Flores: una amplia capa de obreros en activo, probablemente en condición de superpoblación intermitente, híperexplotados por una pequeña burguesía desarrollada en ramas atrasadas de la producción (la confección). No se trata de “abusos” ni de características “étnicas” de explotadores y explotados, sino de la lógica de la acumulación del capital. Pero esto debe ser demostrado. Queda aquí como hipótesis de trabajo.

El paso siguiente de nuestra investigación consiste en: a) delimitar provisoriamente el espacio social que llamamos “Bajo Flores”; b) realizar una primera aproximación censal a la estructura de clases y c) establecer un primer mapeo “étnico”. Una segunda etapa buscará, a través del trabajo de campo, detectar las limitaciones de este primer acercamiento. Para más adelante queda la tarea de penetrar en los ámbitos de trabajo y, por lo tanto, la verificación empírica de la adecuación de la categoría “clase” y la ubicación precisa del lugar y la función de la categoría étnica.

Notas:

¹Alicia Martín, una de las fiscales del mayor operativo realizado en la zona, denominada “Coreatown”, resume las ideas propias de este tipo de fuentes periodísticas: “si hay privación de la libertad, sumisión, encierro, dominación síquica y hasta falta de pago ... debería hablarse de servidumbre”. Otras noticias aparecidas en los diarios, que tenderían a “demostrar” la existencia de trabajo esclavo, enfatizan en las condiciones laborales y/o habitacionales. Una de las realidades que más escandaliza a los cronistas es el sistema “de cama caliente”: en muchos talleres se trabaja durante las 24 horas del día y los obreros duermen en turnos de cinco horas, de modo que uno se levanta y cede el “lecho” a otro que así se mantiene “caliente”. Las “camas”, cuando no son más que los mismos rollos de tela que al día siguiente deben convertirse en prendas de vestir, se ubican por lo general en el mismo local donde se trabaja. De baños, ni hablar. También se remarca la duración de la jornada (12 a 18 horas diarias) y lo magro del salario (150 a 180\$ mensuales). Tomado de diferentes artículos publicados entre 1992 y la actualidad en *Clarín y Página/12*.

Grimson, A; *Relatos de la diferencia y la igualdad: los bolivianos en Buenos Aires*, Eudeba, Buenos Aires, 1999. 190 páginas. Reseña de Félix Cariboni.

El libro que tenemos en nuestras manos intenta analizar, dentro del marco del



interaccionismo simbólico, como construyen los relatos de la nacionalidad los bolivianos que viven en Buenos Aires, por medio de los procesos comunicativos entre las personas. Entendiendo la comunicación “no como la transmisión de información a través de canales tecnológicos, sino el proceso de construcción y apropiación de sentido de la vida cotidiana que abarca tanto las relaciones interpersonales como las mediatizadas tecnológicamente”. Para el análisis de esta problemática, Grimson propone cuatro dimensiones. La escena comunicativa entendida como el espacio sociocultural que opera en el grupo denominado intracultural (dentro del grupo) e intercultural (con otros grupos socioculturales), cruzando con dos tipos de comunicación directa e indirecta o mediatizada tecnológicamente, obteniendo de esta manera cuatro tipos ideales de ámbitos de investigación: Intracultural directa (fiesta, feria, barrio, etc), intracultural mediática (radios, videos, publicaciones, etc), intercultural directa (transporte público, trabajo, etc) e intercultural mediática (TV y otros medios masivos de comunicación).

El autor, dijimos, se sitúa dentro del marco del interaccionismo simbólico. Esta rama de la etnometodología surge de la sociología norteamericana de los ´60 de la mano de Harold Garfinkel. Supone una ruptura radical del pensamiento tradicional, ya que se le da más relevancia al aspecto comprensivo que al explicativo, y busca los datos cualitativos del mundo social enfrentándose a las técnicas cuantificadoras de la sociología anterior. Ahora bien, el interaccionismo simbólico emplea el método de la observación participante (“el estar ahí”) para estudiar la realidad social. Según el interaccionismo, *las concepciones que construyen los actores sobre el mundo social constituye en el fondo el objeto esencial de la búsqueda sociológica*, rechazando entonces la causalidad en las ciencias sociales y relevando el conocimiento en las interacciones de todos los días de manera inmediata (en el sentido de sin mediaciones). En síntesis, privilegia el punto de vista de los actores, porque son ellos los que dan sentido al mundo social.

En la estructura del libro, la parte sustancial (en tanto allí se aprecian los procesos fuertes) es el capítulo uno. El resto es una acumulación de relatos sin mayor pretensión explicativa, producto lógico de su metodología. En ese primer capítulo, el autor, hace un recorrido histórico de las oleadas migratorias en la Argentina, comenzando con el modelo agro-exportador (1850-1930) y continuando con el modelo de sustitución de importaciones. En el primer caso, la inmigración es de origen externo mientras en el segundo es interno. Como afirmábamos más arriba, el autor, analiza los relatos (discursos) sobre los inmigrantes, concluyendo que los mismos estaban contemplados en lo que denomina un proyecto de país que



necesitaba de mano de obra. Este relato, al que denomina “gran relato” porque es producido por el Estado-Nación, vociferaba en un principio que “gobernar es poblar”. Después, en un intento de integrar a las masas, las transformaron en “la columna vertebral” del partido gobernante (Peronismo). Coherente con su metodología, el autor establece que la actual inmigración, de países limítrofes y en menor medida asiática, no tiene lugar en el relato hegemónico porque el proyecto económico político vigente no se sustenta en el factor trabajo. E insiste que, aunque la ola migratoria actual es funcional a la reproducción sistémica en la medida que ofrece “mano de obra barata”, no lo sería estratégicamente, en la medida que no se inserta en el marco de un proyecto de crecimiento nacional sustentado en la mano de obra. Y concluye de esta manera que esta última ola migratoria, por lo tanto, está vaciada de sentido por el Estado con relación a un proyecto de país. En este punto, aunque como ya dijimos, el autor es consciente de que la nueva integración es funcional a la generación de mano de obra barata, su marco teórico no le permite dar cuenta de esa realidad. Resulta obvio que el Estado de ninguna manera puede enunciar que lo que en realidad necesita es una mano de obra suficientemente barata y abundante para erosionar las conquistas laborales de los periodos anteriores, aunque este sea su proyecto “estratégico”. Que no lo pueda “enunciar”, no quiere decir que no lo tenga, algo que quien sólo hace análisis del discurso parece no poder percibir.

Grimson estima que la desocupación no es provocada por el proceso migratorio. Sin embargo llega a esta conclusión a partir de un análisis incompleto del fenómeno. El autor no tiene en cuenta el proceso de privatización menemista ni los procesos de acumulación antes mencionados que obligan al trabajo a migrar y lo integran así dentro del sistema. Como establecimos mas arriba, el autor “olvida” este dato porque su intención es intentar deconstruir el discurso xenófobo, objetivo que compartimos pero que lo lleva a plantear posturas cándidas en la comprensión de todo el proceso.

En el capítulo II, el autor, se aventura a captar los encuentros que tienen los bolivianos en ámbitos en los cuales comparten con otros grupos en contextos determinados, como la fabrica y la obra, el transporte público, la “famosa” esquina de Bajo Flores y la policía. Profundizando una afirmación anterior, el autor señala la existencia de dos sectores que se posicionan como “pro-bolivianos”: uno es el de los folklorólogos andinos y el otro, un sector empresarial que según él valora el trabajo de los bolivianos, al parecer porque los mismos “trabajan más y protestan menos”. Es en este punto donde marcamos lo absurdo de su método puesto que termina disfrazando la relación de explotación en el discurso patronal.



En el capítulo III, el autor, se centra en el barrio Charrúa, barrio propio de la comunidad boliviana y en torno a la celebración más importante que es “la fiesta de Nuestra Señora de Copacabana”. Esta parte del libro es la más detallada y a nuestro parecer la columna vertebral del mismo, en la intención del autor. La fiesta según él, esta dividida en tres esferas que marcan un sentido diferente: por la mañana confiere un sentido católico dado por la imagen de la virgen de Copacabana, el sentido carnavalesco por la tarde, en el cual los caporales (conjuntos de danza) le otorgan el carácter nacional y, durante todo el día, el sentido comercial producido por la propia feria. La hipótesis del autor es que el barrio se constituye durante la fiesta, en un espacio nacional boliviano enmarcado en un microespacio en Buenos Aires. La fiesta de Copacabana se trasforma de esta manera, no en una celebración particular de una región, grupo étnico o de clases sociales sino reviste un significado nacional; para la gran mayoría que asiste, esta fiesta es la fiesta de Bolivia. Coherentemente con su método, no hay explicaciones sino meras articulaciones de relatos. El capítulo IV se ocupa de las radios de la propia comunidad y como estas ayudan a construir la identidad boliviana en Buenos Aires. Según el autor, las dinámicas identitarias vinculadas a los procesos étnicos y de clase, quedan subordinados a la nacionalidad y definida en términos estrictamente culturales. En el capítulo V analiza esos procesos englobados en los medios masivos de comunicación y como los mismos se enfrentan al negociar las identidades nacionales.

A modo de conclusión, consideramos que el problema, como en la mayoría de estos casos cuando se emplean estas aproximaciones “posmodernas”, es que las mismas en su afán de eliminar las certidumbres “elaboradas por los propios actores”, terminan generando lo contrario: que la objetividad es imposible. Y por lo tanto vale lo mismo el discurso del explotador que el del explotado y la biblia junto al calefón.